

PRÓLOGO  
MAGREB / OCASO

**M**uy pocos dudaban de que Dios había enviado aquel terremoto para castigar a Antioquía por sus costumbres licenciosas y decadentes. Los residentes de esta avanzadilla cristiana, no lejos de la orilla oriental del Mediterráneo, eran famosos por su depravación y su desobediencia de las leyes divinas. “Hombres que detestaban el ayuno y disfrutaban con los suntuosos banquetes, esclavos de la gula, siempre deseosos de imitar la vida y las costumbres no de aquellos que vivían bien, sino de aquellos que comían bien”, escribe despectivo el canciller Gualterio, clérigo y antiguo funcionario de Antioquía, cuyo testimonio sobre la vida en esta ciudad está sembrado de referencias a las Escrituras y de trilladas citas de Ovidio y Virgilio.<sup>1</sup> Las mujeres vestían túnicas escandalosas de escote amplio y se cubrían de adornos indecorosos. Algunas –“o al menos eso se rumorea”, afirma Gualterio con un guiño– llegaban al extremo de encargar a los artesanos locales “guarniciones hechas de oro árabe y múltiples piedras preciosas para adornar con ellas sus partes pudendas, no para cubrir sus vergüenzas o para apagar la llama de la lascivia, sino para tentar aún más con lo prohibido a aquellos que no buscan placeres legítimos”.<sup>2</sup> Otras se prostituían por placer, ofreciéndose a amigos y vecinos por las calles de la ciudad.

Dos años antes, una plaga de langostas no había logrado frenar el curso perverso de estos occidentales recién llegados a Oriente Próximo, pero tal vez un temblor de tierra sirviera para enderezar a los descarriados. El 13 de noviembre de 1114 un terremoto en la ciudad periférica de Mamistra causó grandes daños, pero solo era un presagio de la destrucción que estaba por llegar. Dieciséis días después, “en el silencio de la noche, cuando la fragilidad humana se entrega a la dulzura del sueño”, Antioquía sintió la ira del Señor. “La ciudad era la viva imagen de la destrucción,” nos cuenta Gualterio. “Muchos murieron en sus hogares. Otros

quedaron aterrados; abandonaron sus casas y sus riquezas; lo dejaron todo y salieron presos de la locura a las calles y plazas de la ciudad. Ate-  
nazados por el miedo y la indefensión, alzaban los brazos hacia el cielo  
y lloraban y gritaban en diferentes lenguas. ‘Protégenos, Señor. Protege  
a tu pueblo’<sup>3</sup> A la mañana siguiente, los supervivientes acudieron sumi-  
sos a la iglesia de San Pedro, milagrosamente intacta después del tem-  
blor, y abjuraron públicamente de los placeres mundanos.

Los antioqueños no fueron los únicos cuyo mundo se vio trastocado.  
En Mamistra, muy lejos de su hogar, un joven caballero buscó refugio  
bajo un puente de piedra. Adelardo de Bath no había viajado desde el  
oeste de Inglaterra para asistir a los famosos desposorios del rey Bal-  
duino de Jerusalén con Adelaida de Sicilia. Tampoco le interesaba la  
vida licenciosa de los europeos en Antioquía, ni había seguido los pasos  
emprendidos por los cruzados, dieciséis años antes, hacia ultramar. Su  
intención distaba mucho de la de aquellos bravos y santos guerreros,  
aquella “raza de francos” enviada por el papa Urbano II, que había reco-  
rrido Europa central saqueando y violando mujeres hasta llegar a Tierra  
Santa; Adelardo estaba decidido a aprender de los musulmanes antes  
que a matarlos bajo el signo de la cruz. Allí donde los cruzados solo  
habían visto maldad impía, Adelardo buscaba la luz del conocimiento.

Antioquía –en la actualidad la ciudad turca de Antakya– debió de  
resultar irresistible para el espíritu inquieto de Adelardo, que ya de estu-  
diante había experimentado el valor de viajar en pos del saber: “Valdrá  
la pena conocer a maestros de otros pueblos, aprender de memoria sus  
enseñanzas más valiosas. Aquello que ignoran los franceses bien pue-  
den conocerlo al otro lado de los Alpes; lo que uno no puede aprender  
entre los latinos, la elocuencia griega se lo enseñará”.<sup>4</sup> La ciudad de  
Antioquía, fundada en el siglo IV a. de C., había sido en otro tiempo la  
metrópoli más importante de Asia. Se la apreciaba especialmente en el  
mundo cristiano, ya que aquí se había empleado por primera vez el  
término “cristiano” y san Pedro había sido su primer obispo, un hecho  
que los siempre susceptibles y clasistas papas de Roma se esforzaban  
por ignorar.<sup>5</sup> Hubo un tiempo en que Antioquía floreció bajo el poder  
musulmán, pero ahora la controlaban los cruzados normandos. El nuevo  
principado comprendía la ciudad central fortificada, la llanura que la  
rodeaba y los puertos de Alexandretta y San Simeón. Era una tierra  
rica, con una industria próspera de sedas, alfombras, cerámica y vidrio.

La ciudad que aguardaba a Adelardo estaba situada, como él mismo, en la intersección entre Oriente y Occidente. Durante mucho tiempo había sido una escala importante en la lucrativa ruta de las caravanas procedentes de Mesopotamia, un comercio de gran tradición que ignoraba escrupulosamente las inoportunas guerras de religión de las Cruzadas y se mantenía prácticamente intacto. La mayor parte de los habitantes de la ciudad eran cristianos: ortodoxos del este, jacobitas, nestorianos y armenios. La lengua predominante era el armenio, pero las afinidades religiosas y culturales daban cabida también al latín y al griego, creando una suerte de piedra Rosetta viviente que favorecía el libre intercambio de ideas y libros por encima de las diferencias sectarias, culturales y étnicas. Ahora, el principado se había convertido en un vínculo vital entre mundos opuestos, unidos por la lucha religiosa y política para controlar la Ciudad Santa de Jerusalén, a casi quinientos kilómetros al sur.

Unos pocos años antes de la llegada de Adelardo, fuerzas conjuntas de normandos y genoveses habían arrebatado la ciudad vecina de Trípoli al príncipe musulmán Banu Amar. La *Crónica damascena de las Cruzadas*, un relato árabe de la época, narraba que entre el botín que los cristianos victoriosos se llevaron de Trípoli estaban “los libros de su escuela y las bibliotecas de coleccionistas privados”.<sup>6</sup> Miles de estos volúmenes terminaron en manos de mercaderes antioqueños y, por lo tanto, estaban al alcance del estudioso de Bath.

Sin embargo, Adelardo no estaba preparado para lo que se encontró en su obstinada búsqueda de lo que él llamaba *studia arabum*, el saber de los árabes. Aquí estaban por fin los secretos de la antigüedad, enterrados durante seis siglos bajo el caos de la cristiandad. Este inglés peripatético comprendió enseguida el poder de la cultura árabe para reinventar el mundo tal como él lo conocía. Cuando Adelardo abandonó su Inglaterra natal, era un joven estudioso con un ansia de sabiduría que solo los árabes podían aplacar. Regresó como el primer científico occidental y ayudó a cambiar su mundo para siempre.

Si, tal y como Adelardo había aprendido de sus maestros árabes, los cielos se movían con ritmos regulares e inmutables, entonces ¿cuál era la función de Dios todopoderoso? ¿Acaso podía controlar estas leyes de la naturaleza? ¿Tenía el universo un principio y un fin, tal y como afirmaban la Biblia y el Corán? ¿O, por el contrario, era eterno, atemporal e inmutable, tal y como defendían los filósofos árabes? Si esta

“nueva lógica” era correcta, entonces ¿cuál era el significado de las enseñanzas sagradas de la Creación? Para Adelardo, el mundo se convirtió súbitamente en un lugar nuevo y desconocido. Estas grandes cuestiones habían intrigado durante siglos a los pensadores árabes, que luchaban por compaginar su fe monoteísta con un conocimiento cada vez mayor del universo que los rodeaba. Y esta gran pugna entre razón y fe estaba a punto de invadir Europa por sorpresa.

La llegada de la ciencia y la filosofía árabes, el legado del pionero Adelardo y de quienes se apresuraron a seguir su ejemplo, convirtió el retrógrado Occidente en una superpotencia científica y tecnológica. La ciencia árabe transformó por completo el mundo cristiano medieval, como el esquivo “elixir” –el *al iksir* del alquimista– capaz de transformar los metales en oro. Por primera vez en siglos, Europa abrió los ojos al mundo. Este encuentro con el pensamiento árabe supuso incluso la recuperación de la antigua forma de contar el tiempo, que se había perdido a principios de la Edad Media. Sin un control preciso del reloj y el calendario, la organización racional de la sociedad era algo impensable. Y lo mismo ocurría con el desarrollo de la ciencia, la tecnología y la industria, o con la liberación del hombre de la esclavitud de la naturaleza. La ciencia y la filosofía árabes ayudaron a rescatar al mundo cristiano de la ignorancia e hicieron posible el concepto mismo de Occidente.

Sin embargo, hoy día muy pocos reconocemos nuestra enorme deuda con los árabes, y menos aún pensamos saldarla. ¿Cuántos valoramos su legado en nuestro léxico tecnológico moderno, desde “acimut” a “cenit”, desde “álgebra” a “cero”? ¿Y qué hay de la influencia de lo árabe en nuestra vida cotidiana, desde los alimentos que comemos –albaricoques, naranjas y alcachofas, por nombrar algunos– hasta términos náuticos de uso común como “almirante”, “dársena” o “monzón”?

Los nombres de Al Corasmi, Avicena, Al Idrisi y Averroes –gigantes del pensamiento árabe y figuras preminentes de la Europa medieval– no le dicen gran cosa al lector medio y laico de Occidente, especialmente en el mundo anglosajón, y estos son solo algunos de los protagonistas de una tradición científica y filosófica que yace enterrada bajo siglos de ignorancia occidental y prejuicios claramente antimusulmanes.

Una encuesta reciente descubrió que la gran mayoría de los estadounidenses piensa que hay “poco” o “nada” digno de admiración en el Islam o en el mundo musulmán.<sup>7</sup> Pero, si nos remontamos en el tiempo, veremos que es imposible concebir la civilización occidental sin las aportaciones de la ciencia árabe. Nuestro mundo no sería el que es sin el álgebra de Al Corasmi, las enseñanzas médicas y la filosofía de Avicena, la geografía y la cartografía de Al Idrisi o el rigor racionalista de Averroes. Más importante aún que cualquier empresa individual fue el descubrimiento de que la ciencia permite al hombre gobernar la naturaleza, una contribución de la cultura árabe que está en el corazón del Occidente contemporáneo.

De la mano de Adelardo de Bath, el poder de la cultura árabe reconfiguró el paisaje intelectual europeo. Su alcance perduró hasta más allá del siglo XVI, e hizo posibles las teorías revolucionarias de Copérnico y Galileo. Estas teorías confrontaron a la Europa cristiana con el hecho de que el Sol –y no la Tierra, hogar del hombre, criatura de Dios– está en el centro del universo. Averroes, el filósofo-juez de la España musulmana, transmitió la filosofía clásica a Occidente e introdujo el pensamiento racionalista. El *Canon de medicina* de Avicena fue el texto de referencia en Europa hasta el siglo XVII. Los libros árabes sobre óptica, química y geografía conservaron también su vigencia durante largo tiempo.

El olvido deliberado del legado árabe por parte de Occidente comenzó hace siglos, cuando la propaganda antimusulmana fabricada a la sombra de las Cruzadas oscureció cualquier reconocimiento de la importancia de la cultura árabe en el desarrollo de la ciencia moderna. Este mensaje se articuló en torno a cuatro temas centrales, algunos de los cuales resuenan aún en la actualidad: el Islam distorsiona la palabra de Dios; se extiende solo mediante la violencia; pervierte la sexualidad humana ya sea fomentando la poligamia, como en los infames harenes de los sultanes, ya sea mediante actitudes excesivamente remilgadas; y su profeta, Mahoma, era un charlatán, un instrumento del diablo, el Anticristo incluso.

En el siglo XIII, el filósofo Roger Bacon, uno de los primeros defensores occidentales del método científico, alabó las innovaciones intelectuales de los musulmanes en un campo que conocía muy bien. “La filosofía proviene de los musulmanes”, escribió.<sup>8</sup> Y, sin embargo, mostró el mismo

entusiasmo para denunciar determinadas costumbres musulmanas que ni siquiera conocía de primera mano. Los árabes, afirmaba con total convencimiento, “son esclavos de los placeres sensuales como resultado de su poligamia”.<sup>9</sup> No pasó mucho tiempo antes de que esta clase de ideas desplazara a todas las demás en el imaginario popular.

Este punto de vista ganó adeptos durante el Renacimiento, cuando Occidente empezó a buscar inspiración en una versión idealizada de la Grecia clásica.<sup>10</sup> Deseosos de declararse herederos directos de Aristóteles, Pitágoras o Arquímedes, los pensadores occidentales menospreciaron deliberadamente la importancia del pensamiento árabe. “Nada puede persuadirme de que algo bueno puede proceder de Arabia”, escribió Petrarca, el primer gran humanista, en el siglo XIV.<sup>11</sup> En Occidente, los historiadores de la ciencia apenas se han movido un ápice de esta tendencia; muchos consideran a los árabes meros custodios de la sabiduría griega, que hicieron poco o nada por desarrollar la obra de los maestros clásicos.

Este tipo de ideas se basa en la persistente noción de la “recuperación” del saber clásico en Occidente. De alguna manera, se transmite que estos conocimientos eran una suerte de propiedad consustancial de la Europa cristiana que, simplemente, se “perdió” durante la Edad Media. También forma parte del consenso occidental –a menudo invocado para explicar la situación actual del mundo musulmán– la opinión de que la hostilidad a cualquier innovación es inherente al Islam, y que esta actitud comenzó a gestarse a principios del siglo XII.<sup>12</sup>